



LA HISTORIA DE MARCOS PEÑA EL MEDICO

Mi nombre es Marcos Peña. Soy una persona normal, un humano al fin y al cabo, aunque ahora hay tantos mutantes diferentes, tantas variaciones genéticas, que quizás la palabra “humano” se ha perdido, o está en peligro de extinción al menos. Cuando abandoné el refugio tras el “apocalipsis” o como quieran llamarlo, una imagen que ahora se me antoja graciosa se quedó grabada en mi cabeza. Recuerdo, como muchas otras cosas, un cartel que decía lo siguiente: “Niños, los turbios no son vuestros amigos”.

Para que el lector sepa quién le está escribiendo, empezaré contando quién soy y de dónde vengo.

De padre andaluz y madre cántabra, nací en Santander, cuando aún se vivía en Santander sin temor a ghoules, mutaciones o muertes por radiación. Siempre la recuerdo como una ciudad gris y húmeda, el cielo tapado casi todo el año, aunque las temperaturas nunca fueron desagradables. Mi padre, andaluz de pura cepa, bastante machista incluso para los tiempos que corrían, nunca fue una fuente de inspiración en mi vida, ni un buen apoyo, excepto en los últimos meses de mi refugio, en los cuales me ayudó sobremanera. Consumado cazador, pescador, aficionado a las corridas de toros, a los vinos de Jerez y las siestas, hijo de terrateniente cordobés, solo se dedicó a las actividades propias de un hombre bien acomodado del sur de la antigua España, hasta que conoció a mi madre.

Mi madre, mi querida, cálida y bondadosa madre, fue un enorme apoyo moral, ético, académico y mental en todos los aspectos de mi vida. Incluso tras su muerte hace ya muchos años, antes incluso de la guerra y la entrada al refugio, siempre estuvo y está en mi memoria.

Mi madre estudió en un colegio privado y religioso, exclusivo de mujeres como otros muchos, con educación estrictamente impartida por monjas. Cursó la carrera de Filosofía y se graduó con excelentes calificaciones. Fue a terminar la carrera a Córdoba, donde conoció a mi padre y, a pesar de ser polos tan opuestos, se enamoraron.





Su relación era cuanto menos extraña: una mujer tan mentalmente progresista, desenvuelta y moralmente rígida con un hombre tan atrasado socialmente que lo único que tenían en común, aparte de su amor, claro, era la religión, ella por educación y él por su condicionamiento social y cultural. Cabe decir que nunca, pese a su machismo, vi a mi padre ni siquiera levantarle demasiado la voz a mi madre, ni que decir tiene ponerle la mano encima, lo que demuestra que su amor y su respeto por ella eran inconmensurables, aunque él nunca lo hubiera reconocido.

Él seguía insistiendo en que mi madre podía permitirse no ejercer la Filosofía con lo que ganaban de las rentas andaluzas, y dedicarse enteramente al cuidado de los niños y de la casa, que siempre estuvo en perfecto



estado pese a tener un trabajo. Eso era una constante fuente de discusiones; ambos eran muy tozudos con sus convicciones y nunca dejaron de serlo.

De mi madre aprendí el amor y la dedicación por el estudio, el conocimiento, la búsqueda de respuestas y la estricta moral que ella me inculcó. Fue la primera en darse cuenta de que yo había nacido con una memoria eidética, o vulgarmente llamada memoria fotográfica. Ni que decir tiene que heredé de ella grandes aptitudes para el estudio y una gran curiosidad por el funcionamiento del mundo.

Hablando de mí mismo, mis dotes intelectuales siempre superaron las físicas, lo que no me hizo muy popular durante mis años académicos. Las niñas no se fijan en los chicos bajitos y delgados, que no juegan al fútbol ni hacen atletismo, y menos aún si prefieren no fumar, no emborracharse locamente ni hacer el estúpido los sábados por la tarde. Esto no significa que no tuviera nunca novia, solo que no me era tan fácil encontrarla como a otros compañeros, aunque a mi modo de ver mis novias siempre eran mejores cualitativamente, mientras que las de los demás lo eran cuantitativamente.

A pesar de ser un buen estudiante, aplicado y enfocado, nunca estuve seguro de la carrera que quería estudiar, hasta los hechos que provocaron la muerte de mi madre.

En un principio, mis padres acudieron al hospital una mañana de primavera, un día gris como otro cualquiera, mientras yo estaba en el colegio, aún cursando 1.º de Bachillerato. El centro se llamaba “Colegio”, no sé si por tradición o tozudez clerical. Era un colegio privado de curas hasta que la presión social o económica lo convirtió en mixto; al fin y al cabo, la Iglesia como institución y como símbolo había perdido mucho en los últimos años antes de la guerra. Como decía, fueron a urgencias del hospital porque mi madre tenía un fuerte dolor abdominal. Tras muchas pruebas, le diagnosticaron síndrome de Behçet, una



enfermedad crónica y autoinmune, pero fácilmente tratable con medicamentos. Durante el tratamiento, mis padres volvieron al hospital por una revisión rutinaria, pero el doctor no atendió la mención de mi madre sobre que le seguía doliendo el abdomen, síntoma que obedecía a una úlcera péptica y que, debido a la falta de atención del médico, se perforó, dañando irreversiblemente el hígado. Mi madre necesitó un trasplante de hígado urgente, que salvó su vida.

Poco después empezó a mostrar nuevos síntomas. Padecía hepatitis C y hepatoma, cáncer de hígado, que le fue transferido con el hígado en la operación. La acción de los inmunosupresores para el rechazo del órgano trasplantado hizo imparable e irremediablemente rápida la extensión de la infección hepática y el cáncer, por lo que murió seis días después del trasplante que debía haber salvado su vida.

Se determinó que la muerte de mi madre fue algo irremediable, un fallo médico sin responsable reconocido, “culpa del sistema”, dijeron los miembros del comité médico disciplinario que llevó la investigación. No se pueden imaginar la impotencia y la desesperación que se siente ante un hecho así. Es algo que nunca le desearía a nadie, ni siquiera a mi peor enemigo.

Tras la muerte de mi madre, mi padre se derrumbó. Había perdido, al igual que yo, lo más importante de su vida; todo lo demás parecía vacío, carente de significado. Ahora comprendo los procesos químicos que provocan esa sensación, como muchas otras en el organismo, pero la química cerebral siempre ha sido algo muy delicado. Mínimos niveles de serotonina y dopamina dejan hundido hasta al más fuerte; la química del cerebro manda sobre la voluntad del individuo. En más de una ocasión pillé a mi padre preparando el arma, como hacía cuando salía de caza, y, simple de él, me decía que iba a visitar al médico responsable de la muerte de mi madre, o al menos al último que vieron, al que él hacía responsable. Por suerte, siempre conseguí hacerle entrar en razón. La mejor forma era decirle que mamá no querría que hiciera nada, que matara a nadie ni que fuera a la cárcel, que tenía que cuidar de su hijo ahora que ella no estaba.

Después de la desgracia de mi madre, me decidí a estudiar Medicina, a intentar que nadie nunca cometiera la misma o similar serie de fatales errores que hacen que un padre y un hijo pierdan lo que más quieren, que nadie muera por un fallo humano, e intentar que todo lo que estaba fuera de nuestro alcance —cáncer, VIH, muerte súbita— tuviera algún día solución, o al menos prevención, cura o paliativo. Quería, y todavía quiero, eliminar el sufrimiento todo lo posible de nuestro mundo con avances médicos, ya sea curando el cáncer, los daños cerebrales, espinales... o con la investigación junto con la biónica. Tras la muerte de mi madre, lo único que vi animar a mi padre fue el campo. La caza y la vida de campo siempre le mantuvieron la mente despejada, calmada y libre de preocupaciones.





A partir de aquello, y puesto que era mamá la que hacía todo en casa, pasé a hacer de ama de casa para mi padre y para mí. Me encargaba en la medida de lo posible, aunque mis estudios nunca fueron un problema; al fin y al cabo, recordaba cada clase y cada palabra del libro con hasta el más mínimo detalle. Muchas veces se me acusó de copiar, hasta que le expliqué mi caso al director y, tras verificarlo con un par de demostraciones — nada especial, recitar unas páginas salteadas de un par de libros de texto letra por letra—, decidió aprobarme directamente con matrícula de honor sin requerirme ir a clase, aunque sí a hacer los exámenes por mera formalidad, tanto por mis facultades como por mi situación familiar.

Es por eso que aprendí a cocinar, a hacer la casa y todos los menesteres propios de una ama de casa, que no son poca cosa precisamente, “trabajo de mujeres”, que decía mi padre. En mis ratos libres ya comencé a estudiar Medicina, por anticiparme a la carrera. También leía libros de Biología o Química, cosas que eran complementarias a la Medicina. Ni que decir tiene que lo primero que aprendí fue el juramento hipocrático, no porque fuera lo más útil, sino porque me pareció mejor empezar por lo más moralmente correcto.

Durante los posteriores años, mientras cursaba la carrera, no hay mucho que decir. Tuve un par de novias, mi padre fue superando poco a poco la depresión por mi madre —nunca lo vi con otra mujer—, aprendí alguna técnica de lectura rápida, por mejorar el tiempo de estudio, bebí, me divertí y forniqué todo lo que pude o me dejaron. Dado mi potencial por el estudio, hice los siete años de carrera en cuatro, especializándome en Cirugía, Neurocirugía y Microbiología. A los ocho meses de graduarme summa cum laude, con las máximas alabanzas, comenzó la guerra y mi padre y yo entramos en el refugio.

Muchas veces, cuando pienso en mi vida, creo que mido la importancia de los acontecimientos por el aprendizaje, o la motivación para aprender, que me han provocado. Dicho así, la etapa del refugio fue muy importante en mi vida, más que muchos años fuera de él, porque propició que aprendiera algunas de las cosas más útiles que pueda imaginar, cosas tan tontas a veces como hacer fuego, pescar con un arpón o aprender a dormir al raso, cosas que nunca me hubieran hecho falta de no ser por la guerra, y cosas que me hubiera sido imposible aprender sin mi padre.



Tuve la suerte de que un par de profesores de la universidad de Medicina estaban también dentro del mismo refugio, lo que me procuró muchas horas de entretenimiento y estudio. Cualquiera que leyera esto podría pensar que en mi vida solo he sabido, o me he preocupado, por estudiar, y que es lo que más valoro, pero todo ese estudio ha sido lo que me ha permitido sobrevivir a todo lo que vino después. Al fin y al cabo, el conocimiento es el verdadero legado de la humanidad; son los libros, las enseñanzas de tiempos pasados, lo que nos permite avanzar hacia un mejor futuro.

Volviendo a la época del refugio, mi padre terminó de deprimirse enormemente al no tener un sitio donde cazar o ir de pesca, pasear o dormir en un campo, a la luz del sol. Los primeros años de estancia en el refugio fueron algo extraños, no por el refugio en sí, sino porque la vida allí dentro era repetitiva y carecía de sentido. Todos los días eran iguales. La gente normal, los que no trabajábamos para el refugio, nos dedicábamos a realizar actividades de ocio; nuestro único cometido era estar vivos y cuerdos, más o menos entretenidos, comer, dormir, fornicar cuando se podía y poco más. Yo estudiaba y hacía mis primeros intentos en Medicina en la clínica de uno de los profesores; el otro estaba en un laboratorio militar del refugio, investigando sobre algo que, aún hoy, desconozco. A finales del segundo año del refugio, no sé por qué, me dio por hacer cálculos de la gente que estaba dentro, comida y agua, suministros básicos, desgaste de oxígeno, materiales, todo tipo de datos que antes no me había ni planteado ni me preocuparon hasta ese momento. Me di cuenta de que pronto el refugio quedaría seco, no habría comida ni bebida suficiente para todos los que estábamos dentro, las depuradoras de agua y aire requerían un mantenimiento exhaustivo y en muchos casos insuficiente, la falta de materiales de repuesto era evidente incluso en ese momento. Básicamente, los recursos del refugio se



agotaban antes de lo previsto, y empecé a preocuparme, con razón, como se vio más adelante, por la supervivencia de los que allí estábamos.

Poco después, una noche que no tenía nada de especial, soñé algo que siempre me ha desconcertado, incluso desde el punto de vista médico. No son los hechos del sueño los que me desconciertan por sí mismos, sino que se hicieran realidad con una asombrosa exactitud. En mi sueño, estaba en una especie de cloaca, un corredor de una fábrica o algo así. Había mucha humedad en el ambiente y un olor característico, como una combinación de azufre y nitrato potásico. Cabe destacar que nunca había olido esos elementos, ni juntos ni por separado. Recuerdo estar huyendo de unas criaturas que ahora identifico como ghoules, muy cansado y sucio, llegando a un punto, al lado de una puerta metálica, en el que ellos estaban a un lado y yo al otro. Afortunadamente para mí, la puerta estaba cerrada, aunque podía sentir su horrible y húmeda respiración a través de los orificios. Parece que, al darse cuenta de que la puerta estaba cerrada, salieron corriendo hacia algún camino alternativo para cogerme. En ese instante advertí la presencia de algo detrás de mí, algo de lo que los mismos ghoules habrían huido, que ahora creo que así era, algo de unas dimensiones claramente sobrehumanas y una voluntad animal, o al menos bastante salvaje, que, a pesar de tener un aspecto terriblemente amenazador, no me provocaba miedo alguno; más bien me reconfortaba su presencia. Al acercarse, vi una enorme mano acercarse hacia mi cara, eclipsando en su camino toda la luz de la habitación, y en el momento en que aquella monstruosa extremidad me aferraba, me desperté. La interpretación puede ser, y de hecho es, muy variada: se puede decir que la amenaza de muerte de los ghoules se asemeja a mi creciente preocupación por el refugio; la enorme mano y humanoide podrían ser el propio tamaño del problema, algo que claramente escapaba de mi control, algo imperturbable e inamovible. El hecho de que no me



preocupara podría ser la aceptación de una muerte inevitable, o de un problema irresoluble, el aclaramiento mental que dicen que se produce cuando una persona tiene la certeza de que va a morir. A pesar de haber tenido sueños y pesadillas toda mi vida, como todas las personas las tienen, aún hoy no sabría decir si ese en concreto era un sueño o una pesadilla.

Mi preocupación fue en aumento en esa época, tanto por el estado de mi padre como por el estado del refugio y los refugiados. La verdad que a mí se me hizo evidente empezó a florecer en las cabezas de los residentes meses después, y por eso terminamos de “exploradores voluntarios” para el refugio. De forma accidental, y



con mi instinto previsor habitual, convencí a mi padre de que me ayudara a aprender, por una vez, algo en lo que él era un portento: el funcionamiento del mundo natural. No científicamente, sino de forma práctica, pude aprovechar todos sus conocimientos de la naturaleza, la caza, la pesca, la supervivencia en el campo, comer cosas que se deben o no, dormir seguro, encontrar agua y comida, incluso hacer algunas trampas simples, todo lo necesario para poder sobrevivir en un bosque sin nada más que una navaja multiusos y las manos, incluso las de alguien tan poco agraciado físicamente como yo. Este interés hizo que mi padre y yo nos uniéramos y conociéramos como nunca antes. El hecho de recordar y revivir las experiencias fuera del refugio lo rehabilitaron de tal modo que ningún médico del mundo lo creería. Parecía un hombre nuevo, otra persona salida del cascarón de mal vino y mal sueño en el que habitaba desde la muerte de mi madre. Me gustaría decir que yo le salvé la vida en ese momento como sus enseñanzas me la salvaron a mí en infinitud de ocasiones, aunque, para ser justos, él me salvó más de lo que yo pude salvarlo.



En los últimos seis meses sucedieron unos hechos muy importantes, algunos de los cuales procedo a explicar.

Volví a tener otro sueño, esta vez con mi madre, una de las experiencias más emotivas de mi vida. Nos veíamos en un ambiente totalmente blanco y luminoso, todo muy condicionado por la imagen de pureza y blancura

subconscientes del cerebro. Hablaba con ella durante largo rato, hablábamos sobre papá, sobre el refugio, como si realmente me hablara desde el más allá. Me preguntaba si comía bien, si me apañaba bien con las chicas. Era más parecido a una conversación sincera con mi madre como si acabase de venir de viaje, o si viviera fuera de casa y el mundo fuera tan bueno como era, y todo estuviera bien y se preocupara como toda madre se preocupa por su hijo cuando está fuera. Fue como vivir una tarde con mi madre. Cuando desperté estaba llorando y, a pesar de no ser tristeza lo que sentía, no pude parar de llorar en todo el día. Desde el punto de vista psicológico, se podría decir que mi cerebro, ante el gran cambio que esperaba, ser “expulsado” del refugio, ya que formaba parte del grupo poblacional más apropiado —joven, sano, inteligente—, intentó de alguna forma deshacer otro gran cambio anterior, como la muerte de mi madre, proporcionándome una experiencia de ese calibre. Pero lo detallado de la situación, el tipo de conversación, parecía que realmente era mi madre hablándome, con su ternura habitual, su calor y su olor tan característicos, su personalidad tan bien definida y todos los pequeños detalles que conforman a una persona y no a una ilusión.



El siguiente sueño me dio una aspiración, un objetivo en la vida, algo que seguir y a lo que aferrarme hasta el mismo borde de la muerte y de la cordura.

Me veo en un balcón, es de noche y hace algo de frío. Respiro profundamente antes de entrar por una puerta que da a un pasillo largo. Me siento emocionado y confiado, como el que recibe un regalo que sabe qué tiene, pero aun así se emociona. Recorro el largo pasillo, como de fábrica o de hospital, bien iluminado y bastante limpio. A lo largo del pasillo hay puertas con enormes cristalerías, como de habitaciones o cámaras de observación. Las puertas son sólidas y los cristales parecen blindados, dado su grosor. Miro alguna sala mientras camino. Hay especímenes de pruebas de todo tipo: una persona con miembros ghoulificados, un turbio algo más pequeño de lo normal leyendo un libro sentado en la cama, algo que parece ser un bebé, pero un bebé ghoulificado, que llora en una cuna y al que dan una inyección de algo que no conozco. Las salas están bastante bien acondicionadas; todas tienen cama, una mesa y una silla, un armario para ropa y una luz de emergencia. Me resulta curioso que estas últimas sean de color rojo, no del amarillo habitual. En la última sala me detengo a mirar a través del cristal. Algo salta de una tenue luz roja hacia la cristalería y golpea con una enorme fuerza. Noto cómo se estremece el cristal, aunque soporta a la perfección el impacto de la criatura, un ghoul bastante grande y claramente muy agresivo. Lo miro, pero no siento miedo; siento esperanza, alegría y emoción por algo en concreto. Ese ghoul me parece muy importante, algo irremplazable. Lo siguiente sucede muy rápido. En una camilla metálica está ese mismo ghoul, atado con cadenas y cinchas. No se puede mover, aunque lo intenta. Todos los presentes visten de blanco, como médicos o científicos; tocan máquinas y miran pantallas. Alguien me acerca una llave de forma extraña y me dice algo que no puedo oír; pero la cojo confiado y me acerco a una de las consolas, la introduzco y giro. Me tiembla el pulso. Al accionar la máquina, comienzan a salir de detrás de la camilla numerosos brazos articulados de acero con jeringas hipodérmicas que inyectan un fluido al ghoul, que no parece enterarse y sigue intentando escapar. Entonces veo algo, un cambio en el sujeto: empezó a calmarse y a



dejar de moverse, a mirar a todos lados. Parecía estar inspeccionando el sitio en que estaba, como intentando reconocer el lugar, como si algo dentro de él hubiera recuperado una porción de razón perdida hace mucho. Algo en sus ojos cambió, se iluminaron como si



algo muerto volviera a la vida. Entonces se puso recto en la camilla, miró a su alrededor, nos vio a los que allí estábamos y nos dijo con voz entrecortada y gutural: “Lo siento”.

A día de hoy, querido lector, me sigue impactando la precisión de los sueños contados



anteriormente. Son los que algunos llamarían “sueños premonitorios”, donde los hechos se asemejan tan perfectamente a la realidad que uno llega a perder la percepción de lo que en su día fue real y lo que no. Este último sueño que ahora voy

a relatar no ha sucedido aún, y francamente tengo miedo de que pueda suceder, porque en el sueño no llego a una solución, y el hecho de no tener la solución ni ahora ni en ese momento me ha tenido la cabeza muy ocupada desde hace ya muchos años. En este sueño que no puedo dejar de recordar, y que constantemente vuelve a mi cabeza como un odioso búmeran, que me atormenta algunas noches y me distrae algunos días, sucede lo que ahora procedo a explicar.

Me encuentro en mi estudio, desde donde ahora escribo este libro. Me veo algo más viejo, aunque no mucho, como máximo cinco o diez años en el futuro, sentado frente a mi escritorio, lleno de folios y libretas esparcidas de forma más o menos ordenada. Me encuentro física y mentalmente agotado: ojeras, pelo corto y grasiento, una botella de agua casi terminada y una papelera llena de ideas desechadas. Hay un problema, algo muy importante que no soy capaz de resolver. Solo narrando lo que pienso en ese momento podrían hacerse una idea de lo que en realidad siento: “Debo terminarlo, me estoy quedando sin tiempo, maldita sea, después de todo, lo que va a detenerme es el tiempo, pero tengo que terminarlo. Dios mío, ¿qué hago? Tengo que terminarlo, tengo que inyectarme el Potenciador, pero podría morir en cuanto me lo inyecte. No puedo arriesgarme; no, lo que no puedo hacer es no terminarlo. Tengo que terminar el trabajo, el trabajo de mi vida. Si me inyecto y muero no podré terminarlo, pero si no lo hago podría morir sin resolverlo. Tengo que resolver este problema, tengo que conseguirlo”. Me acerco el inyector al cuello.

Algunas noches me despierto con este dilema, empapado en sudor. Me tiemblan las manos y siento una gran angustia por un problema que todavía no conozco, pero ya me está consumiendo.

Como ya dije, un día nos mandaron salir del refugio a unos pocos y a mí. Debo añadir que antes de salir del refugio hice algunos trueques especialmente notables: empeñé la escopeta de caza de mi padre a cambio de unos implantes en los ojos, algo que sin duda me ha ayudado a resolver gran cantidad de problemas. También me llevé una navaja suiza de mi padre, un regalo que me hizo al cumplir los doce años y que nunca, hasta el día de mi marcha, había sacado de su envoltorio, un mechero Zippo y un viejo petate del Ejército. Conseguí, gracias a mi antiguo profesor, unos pocos suministros médicos para casos de emergencia, una especie de botiquín. Algo de ropa de mi padre y un rosario de mi madre



completaban el equipaje. Un día como otro cualquiera, salimos del refugio al mundo exterior.

Inteligencia 70

Personalidad 35

Iniciativa 35

Fuerza 35

Tamaño 35

Constitución 35

Agilidad 35

Destreza 35

Apariencia 35

Pros:

Inmunidad a la radiación amarilla

Inmunidad a la turbificación

Concentración

Vista microscópica

Memoria fotográfica

Menos sueño

Cálculo relámpago

Suertudo

Contras:

No hay Contras

